

Ivette Martí: «Todo se ha hecho a mi voluntad»
Melibea como eje central de La Celestina
Iberoamericana-Vervuert. Madrid, 2019.

*María Teresa Narváez, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico*

Debo expresar mi satisfacción más profunda por el honor de presentar un libro que me llena de alegría. Son muchas las razones para ello. Me une a su autora Ivette Martí un cariño inmenso y una larga trayectoria vital. Recuerdo cuando fue mi alumna, algo díscola y soñolienta, en mi curso de Introducción a la literatura española. Entonces no fue posible calibrar su preclara inteligencia y su fino olfato literario. Más adelante, tomó mi curso sobre el Siglo de Oro. Allí comencé a descubrir a una estudiante que, a pesar de su juventud, poseía una gran cultura y cuyo entusiasmo y excelentes intervenciones nos enriquecían a todos y hacían que la clase fuera una delicia. Parece que a Ivette también le agradó la experiencia pues repitió y tomó varios cursos graduados conmigo. Tuve ocasión de aprender con ella y de entusiasmarme de encontrar a una alumna tan culta y sorprendente. Hay muchos estudiantes brillantes en nuestra vida académica, pero muy pocos poseen la intuición que denomino olfato literario. Esta rara cualidad permite que quien la posee tenga el don de ver detalles que se le escapan al lector convencional, por inteligente y culto que sea. Más aún, les permite realizar lecturas originales y convincentes, establecer conexiones simbólicas y formales que pasan inadvertidas aun al lector más erudito. La cultura se obtiene y nos facilita contextualizar e interpretar los textos acertadamente. Con el olfato literario se nace y quien lo posee nos ilumina los rincones más ocultos de la obra de arte, provocándonos asombro y admiración, como solo puede hacerlo la genialidad. Esto define el quehacer literario de Ivette. Dejo fuera la amistad, los viajes y la complicidad que me unen a la autora. Baste decir que fui testigo de la inolvidable tarde en que

Luce López-Baralt comentaba con Ivette su proyectada tesis doctoral en Garcilaso y la conversación derivó hacia *La Celestina*, obra tan cerca del corazón de las tres. Ante las extraordinarias y entusiastas observaciones de Ivette, de repente, Luce le dijo: “¿Por qué no haces tu tesis en *La Celestina*?” Era clara la pasión de Ivette por este texto. Esa tarde se dirimió la decisión y, posiblemente, se gestó el germen de este libro que hoy nos ocupa. Confieso que lo he releído con deleite y sumo interés, entre otras cosas porque actualmente imparto el curso graduado sobre *La Celestina*, al cual Ivette me hace el honor de asistir. Su presencia nos ha enriquecido muy significativamente. Su generosidad para conmigo y con los estudiantes dan fe de su calidad humana. Comparte iluminadores comentarios y fichas bibliográficas que a todos nos resultan de gran utilidad. No hay mayor satisfacción que aprender de nuestros alumnos. Gracias, Ivette.

Pero vayamos al libro que os ocupa hoy. Estamos ante una auténtica joya de crítica literaria. Al brillante y novedoso análisis de *La Celestina* y el personaje de Melibea, se unen argumentos muy sólidos, una erudición contundente, una prosa elegante y tersa y un ejemplar talante crítico. El libro dialoga con la abundante bibliografía en torno a esta obra maestra de la literatura, solo comparable al *Quijote* de Cervantes. En efecto, *La Celestina* es uno de los textos más sobresalientes y complejos de la literatura en español. Fue un súperventas de su tiempo y se tradujo a prácticamente todas las lenguas occidentales. Es asimismo un texto polémico desde sus inicios. Uno de los debates más sobresalientes es el de su autoría (no resuelta hasta hoy). Su interpretación ha sido también motivo de encendidas discusiones críticas. Algunos han defendido una lectura moralizante: los personajes que se entregan a la lujuria o loco amor, a la ambición, a la hechicería o al pecado mueren trágicamente. Otros se inclinan por una lectura “existencialista”, agnóstica y angustiada y sostienen que de la obra se desprende una visión del mundo y de la vida sin orden ni sentido, un caos incomprensible y destructor (planteamientos presentes en el Prólogo y en el monólogo final de Pleberio, el padre de Melibea). Otro asunto de encedidos debates se centra en las dos figuras femeninas protagónicas: *Celestina* y *Melibea*. ¿Sucumbe la «encerrada doncella» a la pasión amorosa por su propia voluntad, o ha sido «hechizada» por

Celestina o persuadida por la astuta y experimentada alcahueta? ¿Es Melibea víctima o es una digna adversaria de la vieja Celestina? Todo ello ha hecho correr ríos de tinta a los críticos. Este último debate no es baladí pues supone otorgar el control de la obra a una u otra, a la magia, a la psicología o a la pasión. A este debate se une Ivette Martí, aportando importantísimos argumentos que atienden a la simbología oculta tras las descripciones y acciones de la joven protagonista. Peter Russell ha destacado la importancia de la magia y Alan Deyermond, por su parte, ha explorado la simbología oculta tras el hechizo que prepara Celestina. Esta unta una madeja de hilo con aceite serpentina y se lo vende a Melibea. La doncella queda «atrapada» en la magia y entrega a la alcahueta un cordón-reliquia que la vieja llevará a Calisto para aliviar su «dolor de muelas» (socorrida metáfora para la enfermedad de amor provocada por el deseo sexual no satisfecho). El joven, a su vez, paga a la alcahueta con una cadena o «cordón» de oro. Deyermond establece una conexión entre el hilado, el cordón y la cadena que vincula simbólicamente a los personajes y los «atrapa» en las redes del Mal, representado por la serpiente cuya forma recuerdan los tres objetos. La magia y su ejecutora, la hechicera Celestina tendrían el control de la obra. Pero hay más, el Prólogo presenta dos imágenes serpentinadas. La primera es la de la víbora o serpiente enconada que mata al macho ahogándolo o decapitándolo mientras este mete su cabeza por la boca de la hembra durante la cópula. Los hijos, por su parte, rompen las hijares de la madre al nacer, matándola. La segunda es la del basilisco, que mata con la mirada. Ivette Martí, en una lectura sumamente original, asocia estos animales letales a Melibea. Establece esta relación a partir de la descripción que hace Calisto de los cabellos de Melibea, semejantes a madejas de oro, que son capaces, según el joven enamorado, de convertir a los hombres «en piedra». La referencia a Medusa con su cabellera llena de serpientes es clara y ya había sido apuntada pero en este libro Ivette va mucho más allá y argumenta convincentemente varias instancias en que la joven es asociada en el texto con otros seres serpentinados o letales. Así, vamos descubriendo de la mano de su hábil manejo de la obra, de la mitología y de los estudios críticos, cómo el personaje de Melibea es quien verdaderamente provoca, sin pretenderlo, la muerte de los demás y de

ella misma. Calisto, inconscientemente, le teme y por eso le atribuye el mismo efecto medusino de «convertir en piedra» a quien la mire. Como la víbora o «serpiente enconada», la cópula con su amante tiene como consecuencia la muerte de ambos. Melibea confiesa que «comen serpientes dentro de mi corazón», con lo cual ella parece haber “ingerido” la pasión erótica venenosa que provocará su suicidio. La «encerrada doncella» también semeja al basilisco del Prólogo pues es capaz de dominar a los demás y, como la Medusa, mata con su mirada. Es sirena cuya «ronca voz de cisne» del canto que anticipa su muerte, seduce a Calisto, con consecuencias catastróficas. Su belleza angelical se convierte en peligrosa y fatal monstruosidad. La joven protagonista reúne en su persona el cielo y el infierno, el Bien y el Mal, la vida y la muerte. Ante nuestros ojos asombrados vemos que Melibea se nos desliza en la Medusa, en la víbora o «serpiente enconada», en el basilisco, en sirena e incluso en Lillith (la primera y díscola mujer de Adán según algunas tradiciones judías, asociada algunas veces, a su vez, tanto a la sirena como a la víbora). Todas son imágenes de hembras insubordinadas que provocan el caos y la muerte, sin dejar de ser seductoras o letalmente fascinadoras. Sería muy complejo intentar resumir aquí más en detalle las innumerables referencias mitológicas y críticas que maneja Ivette para apoyar su brillante interpretación. Baste decir que resultan más que convincentes. El manejo del texto es extraordinario y revela un total dominio del mismo. Su interpretación no pretende minimizar el papel de la alcahueta pero, después de la lectura de este libro, Melibea queda en un indudable primer plano, no ya solo por la extraordinaria caracterización del personaje sino, y aquí una de las mayores contribuciones de este estudio, por la urdimbre simbólica que la acompaña. Ivette Martí logra persuadirnos de la importancia de la «encerrada doncella», cuya fuerza caótica y letal controla a los demás personajes ya que, como ella misma dice: «Todo se ha hecho a mi voluntad». Esa voluntad la convierte en una mujer que termina por desafiar todos los convencionalismos, dejando tras de sí una estela de muertes. Los elementos del conjuro, entonces, más que apuntar a un «hechizo», se relacionan a la figura de la apasionada joven. Las imágenes que se ofrecen de ella remiten simbólicamente a animales y figuras mitológicas encantadoramente letales. Melibea se

convierte en el verdadero «eje central» o «hilo conductor» de la obra. Es la serpiente que se desliza silenciosamente hasta que ataca y mata a sus víctimas. Me consta que tanto Ivette como yo misma hemos simpatizado siempre con el personaje de Melibea y la hemos considerado el personaje más complejo y fascinante del texto. Sin embargo, y en un alarde de honradez académica, amplia cultura y una lectura muy atenta, Ivette nos ofrece una Melibea protagonista, eso sí, pero también monstruosa, infernal y letal, sembradora de caos y muerte, dos temas fundamentales de *La Celestina*. Melibea es la madeja que teje el texto mismo y es la serpiente que, en silencio, domina y acaba con los demás, tal como el basilisco, reina de las víboras, consigue dominar y destruir a las otras. Y, como el cordón, su personaje ata y constituye el eje central del tejido del texto. Recibimos con gran alegría un libro cuya lectura resulta un verdadero deleite y que será de consulta indispensable de los estudios celestinescos, a los que tanto aporta la brillante interpretación de Ivette Martí.

Muchas gracias.